

Mi primera formación de desarrollo docente

Desde que me incorporé al IMX hace unos treinta y cinco años, había estado quejándome ante mis directores y ante los miembros de la Junta de que el instituto no hacía nada por mi desarrollo. De hecho, en cierta ocasión un miembro de la Junta me preguntó: «Narendra, llevas aquí más de diez años como catedrático; ¿qué desarrollo quieres ahora?». Respondí con cortesía: «Señor, ¿debo permanecer en este nivel de experiencia intelectual y administrativa el resto de mi vida y estancarme?». Sin embargo, no ocurrió nada, y asistí a mi primer programa de formación en el instituto cinco años después de mi jubilación.

El instituto estaba lanzando su primer programa de desarrollo docente bajo el Centro Nacional de Desarrollo del Profesorado de Gestión (NMFDC), con el respaldo de la Ivey School. Yo formaba parte, para dicho fin, del subcomité de la Junta de Gobierno del IMX. Habiendo aprobado el programa como miembro del comité, no podía eludir mi responsabilidad de contribuir a su éxito. El director me había insinuado que estuviera en el campus durante el programa, ya que era probable que el Centro se inaugurara formalmente en esas fechas. Además, tenía que llevar también a mi esposa, pues, debido a los achaques propios de la edad, solíamos desplazarnos juntos para cuidarnos mutuamente. No había ninguna claridad sobre quién correría con mis gastos de viaje y alojamiento. Me resultaba incómodo pedir aclaraciones sobre un asunto tan menor.

Desde que asumí el cargo de primer decano de Asuntos Académicos (AA) en el IMX, rara vez había rechazado una petición de ayuda de algún colega docente. Un joven colega (en cuya contratación yo también había participado como decano, a finales de los noventa), que ahora era el director del programa, me pidió que enviara algunas nominaciones para el evento. Sin saber bien cómo responder, rellené yo mismo el formulario de inscripción en línea, aboné la cuota de inscripción requerida y presenté el formulario, convirtiéndome así en el primer y más veterano (71 años) participante del programa. Los gastos de todo ello ascendieron a casi el 40 % de mi pensión mensual, pero a nadie se le ocurrió siquiera que yo tuviera que asumirlos de mi propio bolsillo.

Llegué a la sede la víspera del programa. Recibí una llamada del director del programa, que me decía que a la mañana siguiente tenía que inaugurar el evento. Me pregunté cómo podía un participante inaugurar el propio programa. El colega habló con el director y se encontró una solución: yo inauguraría el programa a las 9:30 como invitado, y me convertiría en participante cuando el programa comenzara oficialmente a las 10:00 de la mañana.

Siguiendo las instrucciones, inauguré el programa. Como aquel día era el Día del Maestro, entregué un obsequio (envuelto como regalo) al honorable experto de la Ivey School que dirigía el programa. Cuando intentó abrirlo, le pedí que lo mirara al volver a su habitación. Durante la pausa del té, le pedí al experto que no me invitara a participar activamente, ya que mi (¿vasta?) experiencia académica podía perturbar el aprendizaje de los demás; él accedió.

El último día, tras finalizar la sesión de clausura, el profesor experto de la Ivey me preguntó: «¿por qué no les diste este libro a los participantes?». Sonreí. Era un libro sobre el Método del Caso, que abarcaba distintos aspectos: la enseñanza mediante el método del caso, la redacción de casos, la preparación de notas didácticas, etcétera. Incluía también dos experimentos interesantes sobre la redacción de casos por parte del alumnado —sus beneficios y sus precauciones—. También contenía numerosos relatos sobre cómo la redacción de casos contribuye al desarrollo del profesorado. Era una versión modificada de la Guía de Análisis de Casos e Instructores que yo había escrito para mi manual de casos de Dirección Estratégica (el primero de un profesor indio), publicado más de veinte años atrás.

Finalmente había sido objeto de un ejercicio de desarrollo docente en el instituto (aunque seis años después de mi jubilación). El sueño se había cumplido, aunque de poca utilidad práctica, ya que llevaba más de cuatro años sin dar clases ni impartir formación. Pero aún obtuve un beneficio: me alegró comprobar que no había estado haciendo mal mi trabajo de enseñar mediante el método del caso.